

Participación del Doctor Carlos Zubillaga  
en la mesa redonda sobre *Pivel Devoto historiador*,  
celebrada en el Museo Histórico Nacional  
(12 de octubre de 2022)

No fui *discípulo* ni *amigo* de Pivel. Lo traté personalmente sólo dos veces: la primera en 1969 (siendo alumno de la Licenciatura en Historia, de la Facultad de Humanidades y Ciencias) cuando gestioné la autorización para consultar los fondos documentales obrantes en el Museo Histórico Nacional. Luego de una “indagatoria” sobre los temas que pensaba abordar y los materiales a los que deseaba acceder, me fue entregada una tarjeta de pase a las salas de consulta de la institución, firmada por el propio Pivel. Así de riguroso era el control que ejercía el director del Museo en la custodia del acervo documental que había ido acrecentando a lo largo de casi tres décadas de gestión.

La segunda vez, en 1974, lo visité en esta casa para conversar sobre un tema que no viene al caso, pero que sí refería a la labor historiográfica y a las dificultades que el régimen imperante pretendía imponer al quehacer de los investigadores. Recuerdo con emoción y reconocimiento el total acuerdo que tuvimos en ese encuentro, que puso de manifiesto -tempranamente- lo que habría de ser con los años el estilo democrático de la concertación.

Para que no se malinterprete mi afirmación de que no fui discípulo de Pivel (y para despejar cualquier sospecha de desavenencia personal, que no la hubo) convendría indagar lo que el propio Pivel estimaba sobre la relación del discipulado: “[...] mis estudiantes no rechazaron la Historia como una realidad fosilizada y, generalmente, memorizada. Traté siempre de identificarlos con la Historia usando los más diversos recursos pedagógicos, para que asimularan algo vívido y tangible. [Y añadía] No tengo muchos discípulos en el sentido usual de la palabra: José Pedro Barrán, Benjamín Nahum y Elisa Silva Cazet trabajaron muy cerca de mí. Tal vez otros se alejaron por la rigidez de mi personalidad y mi sistema. Simplemente, no atraigo discípulos”.

Pero si no fui discípulo ni amigo, sí fui atento lector de la producción piveliana y sigo siendo -como todo historiador- deudor de su rigurosa labor de preservación, ordenación y puesta en servicio de un enorme caudal de fuentes documentales. En esa tarea que -no estuvo en él dissociada de su condición de productor de conocimiento sobre el pasado- cumplió un papel

que no tiene parangón: puso en la órbita pública colecciones de documentación privada que obtuvo, en la mayoría de los casos, mediante donaciones; se preocupó por su conservación a salvo del accionar de los “descuidistas de archivo”; y catalogó un inmenso volumen de materiales para facilitar el acceso a los investigadores.

¿Cuál la formación de Pivel para cumplir ese papel trascendental en el desarrollo de nuestra disciplina? Su formación en el campo de la Historia constituyó un ejemplo de autodidactismo y de perseverancia. No realizó estudios superiores en la disciplina, aunque alcanzó un nivel asombroso de conocimiento sobre el pasado. Su pasión por la lectura y su inquisitiva relación con la heurística, suplieron ampliamente la etapa formalizada en un curriculum universitario (por otra parte, inexistente en el país durante la juventud de Pivel). En ese sentido, puede decirse que antes que una profesión (que también terminó siéndolo), el cultivo de la Historia fue en su caso una pasión, en cuanto sentimiento vehemente por penetrar y comprender el pasado en el marco de la nación de pertenencia.

Esa formación autodidáctica, sin perjuicio de orientaciones que Pivel reconoció siempre (como la del doctor Julio Lerena Juanicó), fue realizándose al compás de vínculos sucesivos con actividades laborales temporarias cumplidas en diversas instituciones públicas: el archivo del Estado Mayor del Ejército, la Comisión de Límites (que funcionaba en la órbita del Ministerio de Relaciones Exteriores), el Archivo General de la Nación. Tareas puntuales que no sólo le permitieron incursionar en temas diversos, sino comprender los entresijos de la burocracia estatal. Al mismo tiempo, y en un ejercicio que suponía poner en valor el saber acumulado, Pivel inició tempranamente su labor docente (primero en el ámbito privado, y más tarde en el público, luego de realizar su Agregatura al lado del doctor Felipe Ferreiro).

Esta tarea formativa, sustentada en labores dispersas, fue posible por algunas de las características de su personalidad: la tenacidad, el sentido del deber y la convicción del rédito debido al esfuerzo. Es de justicia señalar que su empeño resultó servido por una capacidad de trabajo inusual (a contramano de la pereza burocrática que exhibía buena parte de la administración pública).

Hablar de un historiador no es únicamente hablar de su producción en el campo disciplinario, sino de su actitud en el cultivo del saber sobre el pasado. De allí que pueda distinguirse el historiador volcado preferentemente (cuando no, exclusivamente) a la generación de conocimiento, del historiador que se preocupa además de generar vocaciones, de orientar

labores, de promover espacios de realización que lo trasciendan. En otras palabras: de pensar en otros, de contribuir al enriquecimiento del campo disciplinario más allá de las coincidencias teóricas. Y allí es donde se puede dimensionar -cabalmente- su aporte. En el rango de generosidad con que encaró su andadura vital.

Lo sustancial de la tarea cumplida por Pivel en relación con la disciplina histórica tuvo lugar a lo largo de más de cuatro décadas en el Museo Histórico Nacional (a cuya dirección accediera en 1940). En forma rápida, dinamizó la institución y reconvirtió la labor museística con el agregado de un valioso repositorio documental, que comenzó con la incorporación del archivo de Pablo Blanco Acevedo, a la que siguieron numerosas colecciones cuya donación o adquisición gestionó sin descanso. Sobre los criterios que orientaron esa labor, sobre el grado de apertura a nuevos horizontes para el conocimiento del pasado, recurramos al testimonio del propio Pivel: “Los [criterios fueron los] más amplios. Mis persistentes y, a menudo, obstinados esfuerzos por la recuperación del patrimonio histórico nacional fueron, debo admitirlo, recompensados por la generosidad de muchas familias que donaron libros, grabados, piezas cartográficas invaluable, manuscritos, partituras musicales, periódicos y otros objetos. En general, puede decirse, que fueron donados como muestra de amistad o aprecio, o como un reconocimiento por alguna consulta histórica o bibliográfica. Pero también es necesario hacer notar que la incorporación de algunas colecciones de documentos demand[ó] grandes esfuerzos para procurar fondos, por lo costoso de su adquisición. Siempre estuve guiado, en suma, cuando solicité donaciones o adquirí materiales, por la creencia en que la historia del país no debía ser escrita sólo en base a información de manuscritos que reflejaran (no siempre objetivamente) las actividades e ideas de los diplomáticos, militares o políticos; más bien era necesario complementar esa información e ilustrar el importante contexto económico, intelectual, político y social de la historia de una nación con otras fuentes de información”.

No fue -empero- la tarea realizada al frente del MHN la única que permitió a Pivel contribuir -como historiador consciente de que el cultivo de su disciplina no se agotaba en su propia producción- a esa labor de recuperación y puesta en valor de materiales heurísticos. También la cumplió durante el interinato (1970-1973) en que dirigió el Archivo General de la Nación; en la puesta en marcha y dinamización del *Archivo Artigas*; en la dirección del equipo que encaró la *Colección de Documentos para la Historia Económica y Financiera de la República Oriental del Uruguay*, en acuerdo con el Ministerio de Hacienda; en la divulgación de fuentes

documentales en la segunda época de la “Revista Histórica”; en la selección de autores para incorporar a la “Colección de Clásicos Uruguayos”.

Si tuviéramos que sintetizar cuál fue la aportación de Pivel al campo de la producción historiográfica, apreciándola en su conjunto y salvando la diversidad temática, cabría decir que la de una *visión criolla* del devenir del país. Una preocupación por la peripecia que culmina constituyendo un Estado independiente, y por la dinámica de relacionamiento (confrontativo, acuerdista, coparticipante) de las fuerzas políticas tradicionales, que habilita el reconocimiento de una nacionalización del quehacer colectivo (una suerte de equilibrada democratización), válida para el tránsito en un concierto internacional frecuentemente demandado por la hegemonía en disputa de las grandes potencias. De allí que el énfasis piveliano en la matriz criolla de la historia nacional, resultara funcional a un tiempo político caracterizado por el “entendimiento” entre las dos grandes fuerzas fundacionales (aunque no siempre esa avenencia abarcara a todos los componentes de una u otra).

Tributaria de esta concepción resultó la producción que nutrió la segunda época de la “Revista Histórica”, caracterizada por un alto porcentaje de abordajes en clave política, así como de enfoques sustentados en el género biográfico, en detrimento del análisis de diversos sectores o grupos en los que se expresa la experiencia social del hombre; de allí también que la producción historiográfica resultante apostara a la “corta” o a la “media duración” (según el planteo braudeliano), agotándose en lo acontecimiento o en lo coyuntural, sin abordar -sino muy excepcionalmente- la dimensión estructural subyacente en el análisis de la “larga duración”. Por lo mismo no aparecieron en la revista producciones dedicadas a temas tales como la inmigración europea comprendida entre la segunda mitad del siglo XIX y los inicios de la década de 1960, o el movimiento sindical (relevante ya en las tres últimas décadas del XIX), o las experiencias del mutualismo asistencial (inaugurado poco después del término de la Guerra Grande), o el impacto de las iglesias reformadas (significativo a partir del proceso modernizador), o el surgimiento y evolución de los “partidos de ideas” (ajenos a la práctica del bipartidismo tradicional).

Dicho esto, sin inhibir el reconocimiento de los aportes heurísticos e historiográficos realizados por la “Revista Histórica” en su segunda época, que implicaron una constancia intelectual sostenida de su director, a despecho de no pocas dificultades.

Pivel realizó su labor historiográfica convencido de que el país necesitaba afianzar su identidad nacional buceando en el pasado, en las raíces, en la tradición, en los documentos, en los testimonios más variados,

pero no con mentalidad de anticuario, sino con la inquietud de quien vive su tiempo, arrostra los desafíos del presente, y pretende hallar solución a los problemas que involucran el destino colectivo. De allí que junto a su tarea académica asumiera el compromiso cívico, que lo llevaría durante más de dos décadas a desempeñar funciones de gobierno departamental y nacional. Pero en todas ellas pretendió (y frecuentemente, logró) vincular el quehacer estrictamente político con la reafirmación de aquella búsqueda identitaria. Sirva de ejemplo de esta simbiosis académico-política la obra que en coautoría con su esposa Alcira Ranieri, elaborara en los días sombríos de la dictadura: *La amnistía en la tradición nacional*, cuya difusión inhibiera el régimen imperante.

Para poder apreciar -en fin- el papel desempeñado por Pivel como historiador, convendría pasar revista a quienes cultivaron la disciplina con anterioridad al período de preeminencia (y controversia) de Pivel en el escenario cultural de nuestro país. Hubo sin duda muchos que pretendieron servir a ese conocimiento (no pocos, además, que intentaron servirse de ese conocimiento), aunque con aportes de desigual valor. Por lo que a mi percepción del tema se refiere, creo que hubo tres nombres relevantes (si debo seleccionar algunos, en la perspectiva de advertir “continuidades” en la labor piveliana): Pablo Blanco Acevedo (colorado, hombre de partido, parlamentario y gobernante), autor de la más sugerente interpretación del gobierno colonial (en conceptualización que superó los esbozos de Bauzá); Dardo Estrada (muerto en plena juventud), promesa truncada de una renovación historiográfica, nutrida no sólo en la sapiencia documental y en la bibliofilia preservadora, sino también en la reflexión teórica y metodológica de la disciplina; y Felipe Ferreiro (nacionalista, herrerista, también legislador y hombre de partido), con una percepción hispanófila del pasado rioplatense, cuya producción historiográfica fue escasa, pero cuya incidencia en la formación de *discípulos*, a quienes orientó y sugirió cauces temáticos, fue prolongada.

Para desarrollar su labor múltiple: creación de conocimiento histórico y al mismo tiempo preservación de testimonios del pasado (documentales, arquitectónicos, plásticos, bibliográficos, hemerográficos, orales), Pivel confió en la potencialidad del Estado. Fue un servidor del Estado, pero ante todo un gestor eficiente de las instituciones estatales que le correspondió dirigir. No en balde el Mensaje del Poder Ejecutivo a la Asamblea General en mayo de 1948, suscrito por el Presidente Luis Batlle Berres y los Ministros Oscar Secco Ellauri y Ledo Arroyo Torres, destacaba sobre la labor cumplida en el Museo Histórico Nacional: “[...] es hoy el organismo oficial que custodia el más rico conjunto de telas, grabados, mapas, manuscritos particulares, monedas, retratos, libros raros y objetos que se

relacionan con el pasado de la República.[...] Todo esto pone de relieve un hecho muy honroso para la cultura del país, como es el de haber logrado formar un Museo donde se conservan valiosas fuentes de consulta, lo cual es de suyo altamente significativo, habiendo hecho al mismo tiempo de ese organismo una entidad que proyecta fecundamente su obra en el plano general de los estudios nacionales”.

Convencido de la necesidad de fortalecer el papel del Estado en la reafirmación de una conciencia histórica de la sociedad, es decir, de una nutriente ineludible para el accionar común, Pivel apeló a múltiples resortes burocráticos, conector al máximo de los complejos mecanismos de la administración y de las “virtudes” de la permanencia. Vio pasar Ministros de la más variada extracción político-partidaria y de las más diversas capacidades (veintidós, durante su desempeño de la dirección del Museo); a todos asesoró, con todos discutió, podría afirmarse que a todos convenció o “venció” en beneficio de sus empeños realizadores.

Por último, quisiera señalar mi convencimiento de que Pivel fue el precursor del historiador profesional. Abocó lo sustantivo de su accionar a la disciplina histórica y sirvió su vocación con una entrega singularísima. Hizo de su ubicación en los entresijos burocráticos una estrategia para concretar su pretensión historiográfica. Si bien sus criterios de cooptación para integrar las estructuras de “poder cultural” que creó u orientó pueden ser cuestionables (de hecho, lo fueron en su momento), no es posible pasar por alto que en un tiempo en el que la profesionalización de las Humanidades era algo impensable, Pivel avanzó en el diseño de cauces efectivos en ese sentido. No sólo en el plano deontológico (en el que también es esforzaban los equipos docentes de la Facultad de Humanidades y Ciencias), sino en el de la efectiva inserción de quienes cultivaban la disciplina en el ejercicio profesional (superando a un tiempo no sólo el diletantismo, sino la servidumbre del quehacer historiográfico respecto de labores prioritarias cumplidas por sus cultores en otros campos laborales).

El homenaje a Pivel es, por lo mismo, un imperativo de nuestra profesión, un reconocimiento a lo mucho que contribuyó a enaltecerla y a promover el conocimiento histórico no como mera satisfacción pasatista, sino como aportación inexcusable para orientar el quehacer cotidiano y pensar el futuro, a partir de una percepción de la realidad como continuo en transformación, consciente de una herencia abierta al cambio, pero irrenunciable.